

2012

### Carlos García. *Discreta efusión. Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges 1923-1959. Correspondencia y crónica de una amistad*

Beatriz Colombi

---

#### Citas recomendadas

Colombi, Beatriz (April 2012) "Carlos García. *Discreta efusión. Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges 1923-1959. Correspondencia y crónica de una amistad*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 43.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/43>

**García, Carlos. *Discreta efusión. Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges 1923-1959. Correspondencia y crónica de una amistad*. Madrid: Iberoamericana, 2010. 473 pp. ISBN 978-94-8489-489-6.**

Si en los diarios y autobiografías de escritores solemos descubrir una ficción de intimidad retaceada o revelada en ese artilugio retórico que es el espacio autobiográfico, los epistolarios ofrecen una alternativa similar, aunque diferente. Es posible encontrar en ellos algo que podemos llamar el *espacio epistolar* cuya característica es la construcción de un ritmo sostenido entre dos subjetividades que se miden, auto-representan, retroalimentan y mutan en el intercambio intelectual. Alfonso Reyes definió al epistolario como un compromiso entre la voz privada y la voz pública y comparó a las cartas con las conversaciones de la mesa de al lado, “cuando el que habla esfuerza la voz para que, además del que come en su compañía, lo escuchen los demás.” Destraza así una convención del pacto epistolar y abre otro flanco para su lectura: la simulación. La carta establece una enunciación desdoblada e impostada, presume confidencialidad mientras aspira a la publicidad, lo que hace que el intercambio sea falsamente secreto y discretamente público. No de otro modo se encara este epistolario Reyes-Borges, mantenido entre dos de las figuras más señeras de la literatura latinoamericana del siglo XX y ciertamente definitorias para sus respectivos campos nacionales.

La correspondencia entre Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges ha sido editada en distintas oportunidades al cuidado de James Willis Robb (1967), José Emilio Pacheco (1979), Juan Gustavo Cobo Borda (1990) y Coral Aguirre (1009), pero la recopilación de Carlos García que nos ocupa en esta oportunidad resulta la más completa (incluye todas las cartas rescatadas hasta la fecha), con el añadido de documentación contextual, además de otros materiales de no menor interés. Si la variable aleatoria nos hace esperar mucho de estos corresponsores, el epistolario en realidad se reduce a escasas treinta y cuatro piezas, muy concisas, mantenidas, eso sí, a lo largo de más de treinta años. Quizás para contrarrestar esta parquedad, el libro se abre en otras direcciones complementarias. Para ello, García reúne no tan sólo las cartas, sino también las reseñas, homenajes y menciones en otros contextos (cartas a otros corresponsores, diarios, charlas referidas, entrevistas) con el objetivo de explicar la historia de una relación de la que ya se habían ocupado los previos editores, además de la crítica especializada—entre otros, Emir Rodríguez Monegal y Amelia Barili. En este sentido, uno de los méritos de esta compilación es la puesta en contexto documental de cada pieza, que es anotada y situada en su circunstancia

de producción. Los materiales se organizan cronológicamente entre 1921 y 1981, permitiendo acceder a los distintos momentos de una relación que en su etapa final y dado los achaques de los partícipes (Reyes el corazón, Borges la vista), es llevada en sus últimas instancias por la mujer de Reyes, Manuela Mota de Reyes, y por la madre de Borges, Leonor Acevedo.

Pero lejos de proponerse narrar una armónica y muchas veces admitida amistad literaria (“amistad literaria” es el subtítulo que adoptan Pacheco y Cobo Borda en las ediciones arriba mencionadas), a Carlos García le interesa plantear las disonancias, evidentes según el autor en las respectivas personalidades, lo que lo lleva a confrontar la cordialidad y discreción del mexicano con la ironía y ambigüedad del argentino. Añadamos que la medida del primero no está exenta de malicia, y recordemos que la injuria fue una de las habilidades sociales más festejadas del segundo. Así encontraremos a Reyes haciendo confidencias enojosas a Valery Larbaud sobre sus días en Buenos Aires, mientras se empeñaba en socializar con los jóvenes literatos porteños (“Aquí seguiré en la margen del Plata, ¡cosa monótona y triste si las hay!,” o “Nada es entrañable y cordial en ellos”), y a Borges sugiriendo que Reyes está “diseminado” en sus escritos, y no vinculado a un libro en particular—en otras palabras, que carece de obra, entre otras. Si bien García discute la controversial versión de *Borges* de Adolfo Bioy Casares, en relación a lo que allí se expresa sobre Reyes por dudar del grado de edición de los dichos borgeanos, se pliega a la idea de una relación difícil (marcada tal vez por la ansiedad de influencias) entre el escritor argentino y aquel a quien llama su maestro en la prosa, junto con Paul Groussac.

Pero establecer el cariz de las fintas y maledicencias parece tarea ociosa e innecesaria. Forman parte de lo anecdótico (tanto Reyes como Borges apreciaban los géneros menores). Contrariamente, los diversos materiales reunidos en esta compilación revelan las numerosas coincidencias Borges-Reyes: la crítica cinematográfica, la literatura fantástica y el policial, la literatura inglesa y Chesterton en particular, la preocupación por la tradición local y el legado universal, la compartida genealogía militar. Por no hablar del truco, la telepatía, los barrios porteños, la traducción, la cita oportuna (como el verso de Browning “Ah, did you once see Shelley plain?,” que según Borges selló el inicio de esta amistad) y las esperadas tertulias dominicales en la embajada de México. Curiosamente, Reyes y Borges se dijeron más cosas íntimas en el espacio público que en el privado de las cartas. El pudor (que Borges atribuyó siempre a Reyes, sin asumir la recíproca), reguló el ritmo de este diálogo intangible—al modo renacentista—que compartieron. Las cartas, que a veces se reducen a breves esquelas que acompañan publicaciones, reseñas, pedidos de colaboraciones, presentación de visitas o envío de votos de buen año, tienen una brevedad pasmosa. Todo lo que tuvieron para decirse está en la literatura. Como en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”: *ex ungue leonem*.

El libro también aporta abundantes y valiosos testimonios para el estudio del pasaje de Alfonso Reyes por la Argentina—destino donde residió como embajador mexicano en dos oportunidades, entre 1927-1930 y entre 1936-1937—completando así el material compilado en el imprescindible *Alfonso Reyes en Argentina*

(1998). Así, Carlos García incluye otros breves epistolarios de Reyes—algunos desconocidos—con Evar Méndez—fundador de la mítica revista *Martín Fierro* y mentor junto con el mexicano de la colección *Cuadernos del Plata*—, con Adolfo Bioy y con su hijo, Adolfo Bioy Casares, además de cartas a Macedonio Fernández y a Juan Manuel Villarreal, entre otros. Puede seguirse de este modo la relación de Reyes con los más diversos sectores, particularmente con los jóvenes vanguardistas de *Martín Fierro* y *Proa*, las iniciativas editoriales emprendidas en Buenos Aires, como la publicación de la revista *Libra* y la colección *Cuadernos del Plata* (donde sale la primera edición de *Cuadernos de San Martín* de Borges) y la conformación del grupo que desemboca en *Sur*, revista de la cual integra el comité editorial. Los textos reproducidos evidencian la desazón de Reyes frente a un ambiente literario tensionado por bandos y “patotas,” que desarman sus mejores intentos. García sostiene al respecto: “Al revés de lo que declara la versión oficiosa, Reyes hizo una mala experiencia en Buenos Aires.” Reproduce además cartas de Reyes a Ortega y Gasset, Valery Larbaud, Genaro Estrada, y Guillermo de Torre, que permiten valorar el espesor de esa red intelectual que construye en sus cartas y su continuo esfuerzo para que las literaturas del continente se conociesen, de allí el empeño en maridar *Contemporáneos* de México con los grupos argentinos, quizás para construir esa generación de “tlonistas” de la que habla Borges en su cuento. Porque, si del lado de Borges no abundan los epistolarios, género al cual no fue propenso (tal vez lo considerase una suerte de novela por entregas), del lado de Reyes, en cambio, constituyó un capítulo indeclinable de su obra. Las bases teóricas de esta afición pueden leerse en el prólogo a *Literatura Epistolar*, uno de los tomos de la no menos mítica Jackson, publicado en Buenos Aires en 1949. Seguramente inspirado en las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann, autor de su predilección, Reyes concibió al diálogo intelectual como parte de su literatura. Entre sus numerosos corresponsales—algunos de ellos las figuras más prominentes del mundo intelectual de su época—un destinatario central fue, precisamente, Pedro Henríquez Ureña, amigo entrañable y nexa con Jorge Luis Borges y con Buenos Aires. Por eso lo epistolar en Reyes debe ser entendido como parte de su proyecto de ubicuidad intelectual.

Carlos García ha realizado con esta compilación y muchas otras—ha publicado la correspondencia de Guillermo de Torre con Rafael Cansinos Sáenz, Juan Ramón Jiménez, Gómez de la Serna, Federico García Lorca, además de las que anuncia en preparación—un riguroso y necesario rescate de materiales de difícil acceso, normalmente dispersos, que nos entrega anotado y enriquecido. En su introducción, el autor dice no proponerse escribir un ensayo literario, sino ser “apenas, una cantera de datos.” Detalle menor si se quiere, pero el texto se resiente a veces por el acopio, perfectamente re-ubicable en nota al pie o en anexos, para mejor jerarquizar este aporte a nuestra historia documental.

**Beatriz Colombi**

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires